



sobre los demás en tan alto grado como la inteligencia domina á la fuerza, á la materia y al trabajo mecánico.

En fin, fuera de estas castas privilegiadas, fuera de la ley religiosa, de la ley civil, se extiende la casta de los *párias*. Representando probablemente á las razas vencidas y subyugadas, esclavas antes de ser proscritas, los *párias* no participan, ni de las creencias, ni de los sacrificios, ni de las ventajas sociales. Toda union con ellos está prohibida, y cualquiera que viola este precepto cae en la abyeccion, y viene á ser también, del mismo modo que ellos, un objeto de desprecio. Toda pureza, aun la de los alimentos, es manchada por el contacto, por la sombra de un *pária*; su triste nombre, y su más triste suerte, han llegado á ser los tipos de los abandonados, de los desheredados, de los excomulgados más dignos de compasion.

Hé aquí lo que hizo Brahma, el «dios de las cuatro caras.»

Vishnu, despues, con sus cuatro brazos y su color negro; *Vishnu*, montado sobre el *Gatura*, mónstruo mitad hombre, mitad ave, es el dios de la bondad y de la conservacion. Es el verbo coeterno de Brahma, «encerrando en sí el vientre de oro que contiene el huevo del Universo.» Resplandeciendo con una juventud inmortal, salvó la tierra muchas veces por medio de sus numerosas *avatares* (encarnaciones) (1). Su culto es el más extendido en la India, y sus sectarios se marcan la frente y la nariz con dos líneas de distinto color.

Viene despues *Siva*, el destructor, el terrible, lleno de cólera. Todo tiembla á su aspecto, y sin embargo, es el reparador lo mismo que es el destructor, es el dios compasivo, el dios del amor; y un símbolo vergonzoso explica al pueblo su poder regenerador.

Esta trinidad (2), esta *trimurti*, se invoca en

(1) «Los tres primeros son visiblemente relativos al diluvio de Noé; los dos siguientes, á Nemrod y á Belo; el sexto, á Ramah;» dice W. Jones, *Asiatic researches*, t. I y II.

(2) No debemos pasar en silencio una hipótesis ingeniosa, y que tiene grandes visos de probabilidad. Segun ella, la *Trimurti* sería la transaccion entre tres cultos sucesivos, y marcará tres épocas de transformaciones religiosas. Monoteistas con *Brahma*, los

la palabra *um*, dos letras y una sola sílaba, proferida por el Criador; contenia en sí misma á todos los poderes, está inscrita en todos los monumentos, y la India no cesa de repetirla piadosamente, como un acto perpétuo de fe y de devocion (1).

Los tres se han unido á *Pracriti* bajo tres formas diferentes: esta es «la union de Dios y de la naturaleza,» dicen los brahmanes. Mujer de Brahma, *Sarasswati*, preside á las ciencias é inventa la lira: mujer de *Vishnu*, *Sri*, figura la abundancia, la fertilidad, el amor; mujer de *Siva*, *Isa*, sujetó á los gigantes.

Tales son los dioses que ante todo debe adorar el indio.

No mencionaremos un sinnúmero de otras divinidades locales ó inteligencias secundarias, cuyo detalle sería infinito; por otra parte, es á la *Trimurti*, á la Trinidad de que hemos hablado, á la que deben ofrecerse, segun las circunstancias, los tres grandes sacrificios: el del caballo, *Açvamedha*; el del toro, *Gomedha*; el del hombre, en fin, *Neramedha*. Este último, felizmente, llegó á ser raro y fué proscrito; aunque los dioses amasen la sangre, no perdieron nada. El *Neramedha* fué reemplazado por ese holocausto voluntario de las mujeres, que, sin obligarlas ley alguna (2), se queman

indios habrían llegado á ser naturalistas y dualistas con *Siva*, y los adoradores de *Vishnu* les habrían conducido á ideas más sanas. Esta hipótesis es la de Schlegel, de Mayer y de Cantú. Es de un valor considerable.

(1) El egipcio también pronunciaba sin cesar el *om ú on*. «Estas dos palabras, dice Cantú, equivalen al *amen*, cuya raíz las es comun, y expresa también la resignacion.»

(2) Ninguna ley, lo repetimos, obliga á las viudas (*Suti*) á quemarse; es un asunto de costumbre y de honor, limitado á la clase de los guerreros, y que no es absolutamente peculiar de la India. Se la encuentra en muchos pueblos descendientes del tronco *arya*; las mujeres cimbricas del tiempo de Mario, se suicidaban por no sobrevivir á sus esposos. Hoy, dice Cantú, «el pensamiento de reunirse corporalmente á sus maridos en la otra vida, nos parece ser, mucho más que los celos, el origen de una costumbre sugerida por la desesperacion y propagada por imitacion.» Esta costumbre, que tiene toda la fuerza de una preocupacion de sacrificio y de orgullo; mantenida con cuidado por los brahmanes, «á quienes importa tener despierto por medio de tales es-



aún sobre la pira de sus maridos, y por los suicidios religiosos que cada año hacen perder á la India, se dice, 5.000 hombres de su poblacion, ya en las sagradas aguas del rio, ya bajo las ruedas del carro de *Jaggathnatha*.

Así obran los brahmanes en la India, y tal es la religion de que han dotado á su país. Sobre ellos debe recaer únicamente la responsabilidad, porque les habia precedido otra creencia más pura, que, segun hemos visto, ellos la amalgamaron y pervirtieron.

No olvidemos tampoco otro origen del error: queremos hablar del *sabeísmo*, que así en las llanuras del Ganges, como en otras partes, ha tenido sus fieles y sus adeptos.

Encuétrase allí también, en efecto, la fe en las influencias celestes y en los emblemas de los siete planetas, dioses del cielo y reguladores de la tierra. Estos son: el sol, *Surya*, el hombre rojo, sobre un carro tirado por siete caballos que guía la aurora (*Aruna*); la luna, *Chandra*, joven blanco, sobre un carro de loto arrastrado por diez caballos; *Mungala* (Marte) el dios rojo y flamígero, que cabalga sobre un carnero; *Budha* (Mercurio), el planeta de las benignas influencias, que promete excelentes mujeres al que nace bajo su signo; *Vrihaspati* (Júpiter), con su rostro amarillo y sus cuatro manos, arregla las ceremonias del cielo; *Schakra* (Venus), con cuatro brazos y vestidos blancos; *Schani*, con cuatro brazos, montado sobre un buitre y sembrando por todas partes el terror.

Al lado de estas divinidades, debemos ha-

ber mencionado el entusiasmo popular. «*Historia Universal*, t. I. Notemos que la ley de Manu, lejos de ser favorable á este suicidio, traza las reglas que debe seguir la viuda para permanecer digna de su estado: «Que la mujer sea la compañera del hombre en la vida y en la muerte,» dice esta ley. Este es el *Sic vivendum, sic commoriendum*, de los germanos de Tácito. El *Mhanava-Darma-Sastra* añade: «Que la viuda mortifique su cuerpo, no viviendo más que de flores, raíces y frutos puros; que muerto su esposo, no pronuncie más que el nombre de un hombre; que continúe hasta la muerte perdonando toda injuria, cumpliendo sus penosos deberes, evitando todo placer sensual, practicando con amor las incomparables reglas de virtud seguidas por las mujeres fieles á un solo esposo.»

cer mencion de *Indra*, el Dios del cielo, el genio de los vientos, del rayo y del aire, que preside las regiones etéreas; este es el dios popular, voluptuoso y lascivo. Es la degeneracion del antiguo Indra, la energía del sol, el fuego divino de los *aryas* primitivos.

Añadamos el gigante *Rahu*, que dividido en dos, trata de absorber al sol y á la luna cuando pasan cerca de él, explicacion favorita de los eclipses admitida por todos los orientales, y tendremos una idea bastante completa de esta antigua creencia sabeista, contemporánea de las primitivas edades.

Si fatigados ahora de tantos errores tratamos de saber lo que ha venido á ser entre estas densas tinieblas la verdad primitiva, apenas podremos distinguir algunos fugaces resplandores de la radiante luz de la Historia. Sin embargo, debemos recordar el episodio de *Satyavrata*, algunos rasgos de la creacion de *Manu*, y en fin, el pasaje que confirma todo lo que hemos escrito sobre los espacios ocupados por las inteligencias celestes, por los ángeles y sus guerras:

«Dios es uno, eterno, omnipotente; semejante á un círculo, sin principio ni fin, gobierna el mundo por leyes inmutables. Absorto en la contemplacion de su ser, resolvió hacer partícipes de su gloria y de sus perfecciones á criaturas susceptibles de sentimiento y de felicidad. Estos seres no existían; quiso, y existieron; les sacó de su esencia, pero dándoles una voluntad libre y haciéndoles capaces de perfeccion y de imperfeccion. Estos fueron los ángeles; se dividieron en muchas legiones, teniendo cada una un jefe, pero todos quedaron sometidos á tres espíritus de un orden superior: *Brahma*, *Vishnu* y *Siva*.... Mas la envidia se apoderó de *Moïasur* y de los ángeles que mandaba. Renunciaron á la facultad de perfeccion de que Dios les habia dotado, y dijeron: «Reinemos nosotros mismos.» Al punto se alejaron del trono de Dios. La afliccion se apoderó de los ángeles fieles, y por primera vez se conoció el dolor en el cielo. El Eterno, en su misericordia infinita, quiso reducir á los rebeldes; comisionó á sus tres ángeles, *Brahma*, *Vishnu* y *Siva*, pero su bondad fué inú-



til. Entonces armó á Siva con todo su poder, y le ordenó que arrojase á los orgullosos del cielo superior (*Mahasurgo*), y les sumergiese en el abismo de las tinieblas (*Ondherah*) (1).»

Cuando se ve en estas relaciones de los brahmanes de Benares, la ciudad sagrada del Ganges, el eco de las antiguas y santas nociones, que sólo el Criador pudo haber revelado á los hombres, se deplora más amargamente todavía la extraña corrupcion que los brahmanes han llevado á todos los demás dogmas esenciales á la vida intelectual y moral de la humanidad. La casta sacerdotal, en efecto, llegó á re-

ducir á una especie de ciego fanatismo á los tímidos y desgraciados indios.

Así, de grado en grado, se caminaba en el error y se hundia en él cada vez más este pueblo, á quien su fuerte constitucion y su aislamiento hubieran debido salvar, ó por lo ménos retardar su caída; ¡cuán verdad es que el espíritu del hombre, discurrendo sin guia y sin freno acerca de Dios, de sí mismo y de la naturaleza, se pierde y se abisma en extrañas y amargas decepciones!

(1) Holwel; de Marles, *Historia general de la India*.

CAPÍTULO IV

La China (Tohung-Kue).—Antigüedad de la China.—Carácter de este imperio.—Cronología china.—Tradiciones antehistóricas.—Fo-Hi y los Changs.—Orígenes de la raza china.—Primera dinastía humana; los Hia.—Su decadencia.—Dinastía de los Changs.—Tradiciones religiosas.

Colocado en la extremidad más apartada del Asia, ocultándose detrás de su formidable «muralla» y defendido por las olas del Océano, el vasto Imperio del Centro (1) parecia á más de esto celoso de su impenetrable oscuridad. Ya por desprecio de los bárbaros, ya más bien por temor de su dominacion, la China empleaba todos los medios para librarse de ellos, principalmente para burlar su ávida curiosidad. No han evitado mejor una conquista que otra: pueril defensa, la gran muralla con sus torres fué salvada por los tártaros; y otros vencedores más pacíficos, los viajeros, los navegantes y los misioneros católicos, arrancaron los secretos de su historia. Habia perdido su poder y su libertad, y vió que le arrebataban su ciencia, ó más bien su misterio. La Europa, en fin, acaba de destrozar el celoso recinto en el que se encerraba su inmovilidad, y la es forzoso mostrarse á la luz.

Debemos decirlo: su amor propio no tiene por qué alabarse de la benevolencia de los extranjeros. Pretendia una remota antigüedad;

(1) Este es el nombre que la misma China se atribuye, así como tambien el de *Celeste Imperio*. Situada entre los 21 y 41° de latitud boreal, la China tiene 2.000 leguas de costas, y su superficie es de 670.000 leguas cuadradas. Cuéntanse en ella 2.793 templos, 1.193 castillos, 3.600 monasterios, 10.809 construcciones antiguas, 3.158 puentes de piedra, algunos de los cuales tienen 100 arcos, 765 lagos, 14.607 montañas, 1.659 ciudades, algunas de las cuales tienen una poblacion de 2.000.000 de habitantes. Por todas partes se ven canales, surcados, segun dicen los chinos, por 9.999 barcos, y un confuso laberinto de caminos.

mostraba con ostentacion sus libros históricos, sus listas y sus relaciones tan regularmente conservadas, sus tablas astronómicas tan antiguamente construidas, y sobre todo su famoso *tribunal de la historia*, juez severo é imparcial de pueblos y de reyes. Sin embargo, no exhibia esos otros títulos de nobleza, por otro concepto muy incontestables á los ojos de la critica; no poseia, no recordaba nada de esas antiguas tradiciones, esas formas de sociedad que son el sello de las edades primitivas. No ofrecia á la vista del viajero esos edificios inmensos, templos ó palacios, que llevan en sí el sello de los más remotos siglos; no ostentaba pompas de un culto venerado, ni ceremonias cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Su constitucion política es relativamente reciente, no data más que desde algunos centenares de años; el pueblo chino es tal como le ha hecho la conquista de los *Mandchus*, amalgamada con la doctrina de *Kung-Fu-Tseu* (Confucio).

No hay allí más que dos clases distintas: la de los letrados y la de los ignorantes, la de la inteligencia y la de la materia. Pues bien: esta influencia de los filósofos no es antigua; todo lo más que se puede conceder, es que se remonte á la época del gran legislador que acabamos de nombrar (551 años antes de Jesucristo) (1). Los monumentos chinos no tienen, ni la gran-

(1) Esta fecha de 551 años antes de la era cristiana, es la que adopta Cantú; la tomamos, como él, haciendo notar ante todo que otros historiadores se atienen á la del 479.



diosidad, ni la majestad de las primeras edades; reconócese en ellos la parsimonia y la esterilidad de un tiempo más moderno; y por otra parte, todos tienen su fecha; no hay uno que pueda, por su carácter arquitectónico, ni por su vejez, formar paralelo con las obras de la Asiria, del Egipto ó de la India (1). Los recuerdos del pueblo no están envueltos en las poéticas relaciones que estamos acostumbrados á oír por todas partes en la antigua Asia. Apenas se han escapado del naufragio algunos preciosos vestigios; pero, relegados en los oscuros libros de los letrados, son desconocidos del vulgo. El chino, como dice un panegirista del *Celeste-Imperio*, desprecia las meditaciones especulativas y los deseos de una vida en otro mundo, para no ocuparse más que de este, que mira como una cosa positiva (2).»

Entregado de lleno á este terrestre y brutal trabajo, el chino, que unce al mismo tiempo á su arado á su mujer y á su asno (3), no se cuida del sentimiento religioso y de los deberes del culto. Educado en la escuela racionalista y embrutecido por las doctrinas de sus filósofos,

(1) La gran muralla, esta absurda é inútil defensa, no ha sido construida más allá del año 214 antes de Jesucristo. Limita todo el Norte de la China desde el golfo Pe-Cé hasta S-Ning, en una longitud de diez y ocho grados y medio ó 1.400 millas; tiene 25 piés de altura, otros tantos de espesor en su base, y 15 en la plataforma, en la cual pueden correr de frente seis caballos, Almenada por todas partes, y guarnecida de torres á la distancia de dos tiros de flecha, se eleva, siguiendo las desigualdades del terreno, hasta 500 piés sobre el nivel del mar. Su masa total da 4.500.000 piés cúbicos. Se ha calculado que sus materiales bastarian para construir un muro de seis piés de alto por dos de espesor, que daría dos veces la vuelta al globo.» P. Gerbillon.

(2) M. Pauthier, la *China*, en el *Universo pintoresco*. Este historiador encuentra «que esta resolución da á conocer el espíritu de sabiduría de los chinos.» No demuestra en todo caso su remota antigüedad; este espíritu tan positivo y tan exclusivamente industrial, es una mala prueba de ancianidad. La China es, en todo lo posible, materialista y atea; es poco recomendable á los ojos de la razón y de la fe el constituirse defensor de las ideas y de las locuras de los chinos. Sentimos sinceramente encontrar semejantes tendencias en las obras de un hombre de ciencia y de talento, de uno de los más hábiles filósofos de nuestro tiempo.

(3) Maltebrun, *Geografía*.

no ha conservado, por decirlo así, casi ninguna de las verdades primitivas; apenas tiene un vago recuerdo de la gran catástrofe del diluvio. Cuando tiembla al resplandor del rayo, dirige algunos gritos de aficción á los genios de las montañas, ó levanta las manos hácia el *Thien* (cielo), ese dios que no es para él otra cosa que la envoltura material del Universo; pero, por lo demás, no se ocupa sino en las cosas «fáciles de comprender por la razón del hombre (1).»

Tal es el fruto de la sabiduría de los letrados. Así, este pueblo, sin Dios y sin altar, deja morir de hambre al pobre tendido sobre el umbral de su puerta; adora á su emperador, y cuando tiene muchos hijos les abandona ó les mata.

En cambio, abrirá canales, desecará lagos con extraordinario trabajo, hará salir fuego (2) y agua de las entrañas de la tierra, y amontonará casa sobre casa en las ciudades populosas. Tal apareció la nación china á los primeros viajeros que pudieron estudiarla. Pero como á pesar de sus caracteres de reciente constitución, conservaba, sin embargo, altas pretensiones de antigüedad, las apoyaba en imperturbables aserciones de hábiles falsificaciones, los sábios pudieron engañarse en la cuenta y suponer que la China es el más antiguo imperio del mundo. Se tomó la inmovilidad por estabilidad, la apatía por vejez.

Y por otra parte, había tanta arrogancia en el lenguaje de este pueblo vanidoso, tanta sinceridad aparente en sus mentiras, que era escusable darlas crédito. Se necesitó toda la respetable autoridad del gran Cuvier para conmovier las más robustas convicciones. Pero ante él, ante las ingeniosas indagaciones de los sábios que marchaban sobre sus pasos, las farfantonerías de los *mandarines* han sido rebatidas, y la gran base de todo este edificio, el famoso

(1) Palabras de *Kung-Fu-Tseu* (Confucio), citadas en Pauthier, *op. cit.*

(2) Véanse las descripciones de los pozos de fuego en todas las obras sobre la China, y señaladamente en el P. Semedo, *Historia general de la China*; los *Anales de la propaganda de la fe*; las *Cartas edificantes sobre la China*; las *Memorias concernientes á los chinos*, por M. Huc, misionero apostólico.



Chu-King, ha sido caracterizado como merecía con esta palabra: «No se trata en él más que de un romance moral y político (1).»

Habia, por lo demás, de qué alucinarse, al oír los cálculos de los historiadores y de los astrónomos, que presentaban un gran período de 129.600 años, compuesto de 12 conjunciones de 10.800 años cada una; á ménos que no se quisiera mejor reconocer 2 millones ó conceder 96. Pero este cálculo no era muy satisfactorio para la razón, y se le abandonó para no adoptar más que la cifra muy racional de Tchu-Hi, 3400 años antes de Jesucristo. Y todavía á partir de esta época, ¿cuál será el grado de certidumbre de la historia? Esto es lo que veremos.

En definitiva, la prodigiosa antigüedad de la China se desploma por todas partes; es necesario que vuelva á los límites ordinarios que alcanzan todas las naciones.

¿Sobre qué se funda, despues de todo, esta pretension de los chinos y de sus intrépidos defensores? Desde luego, segun ellos, sobre una cronología infalible, y que partiendo de un ciclo de sesenta años, se remonta sin interrupcion hasta los sesenta y un años del reinado de *Hoang-Ti*, el primer emperador, cuya existencia está fuera de duda; y despues sobre anales escritos y conservados con cuidado desde hace muchos siglos. Lo confesaremos ingenuamente: tenemos gran desconfianza en estos períodos arbitrarios, en esos ciclos de años que cada pueblo antiguo toma para fijar su cronología, y cuya computacion es imposible. ¿Quién impedia, en efecto, al colegio de los *Han-lin*, y á todos los cuerpos literarios juntos, esos grandes computadores de la historia nacional en 1769, quién les impedia, repetimos, retrasar el primer ciclo á mucho más allá de Hoang-Ti, y en lugar de 75, contar hasta nosotros 80, 100 ó más? Bastaba para esto un poco más de audacia y algunas cifras adicionales. Y entonces para los europeos, siendo la base la misma, la certidumbre hubiera sido muy grande, y no hubiera faltado quien defendiese, contra todos, la infabilidad de la cronología del Celeste-Imperio.

(1) *Anales de filosofía cristiana*.

Existe despues, dicen los chinos, un libro, algunas de cuyas partes se remontan al año 2366 antes de Jesucristo; este libro es el *Chu-King*, el primero de los cinco *Kinges*, los libros sagrados (1). Sin duda esta autoridad seria respetable si por desgracia, no vinieran dos circunstancias á disminuir considerablemente su valor. Desde luego ha sufrido la redaccion, es decir, las modificaciones, las alteraciones quizá del famoso *Kung-Fu-Tseu*, *Confucio*, si es que no ha sido enteramente compuesto por él sobre las tradiciones orales ó escritas de los tiempos antiguos; de tal suerte, que la mayor concesion que puede hacersele respecto á su fecha, es colocarla en 151 años antes de Jesucristo. Pero así este libro, como todos los de la antigua China, tuvieron que sufrir una terrible prueba; héla aquí. El año 214 antes de Jesucristo, un emperador enemigo de las letras y de la ciencia envolvió en una vasta proscripcion todos los libros, cualesquiera que fuesen. En cumplimiento de estas órdenes, tuvo lugar una investigacion exacta y minuciosa; el simple recelo de poseer una obra, era castigado con la pena de muerte; todos los tesoros de la clase sábia fueron presa de las llamas. Entre todos y ante todos, pereció el famoso *Chu-King*, en tales términos, que cuando en una época mejor se quiso volver á encontrar los restos de esta literatura perdida, fué una felicidad el poder recurrir á la memoria de un anciano letrado, que recitó los *Kinges* de memoria, y bajo su dictado el gran *Chu* fué restituido. Más tarde, se dice, volvió á encontrarse en un sepulcro un ejemplar salvado; estaba conforme con la recitacion del sábio; sin embargo, este hecho no consta de un modo auténtico.

(1) Estos cinco libros son todos debidos á la pluma de *Kung-Fu-Tseu* (Confucio). Tales son: 1.º, el *Chi-King*, coleccion de trescientos pequeños poemas; 2.º, el *Chu-King*, historia de los antiguos reyes; 3.º, *Li-Ki*, libro de los ritos y ceremonias; 4.º, *Tchum-Tsiu*, historia del tiempo de *Kung-Tseu*; 5.º, *Y-King*, exposicion mística é incomprensible de las mutaciones de la naturaleza.—El filósofo pretende no haber hecho frecuentemente más que trascribir las obras más antiguas. Es necesario sobre este punto referirse á su buena fe, pero no puede aceptarse esta garantía á ojos cerrados.